

Límite (a modo de relato)

Roberto Albandoz

y vamos saltando entre los cascotes, el olor a bomba desperdigada, los gritos ahogados entre tanto material de derribo: nuestro propio ideario para la supervivencia y algunas banderas rasgadas de tanto tirar de ellas hacia todos esos paraísos

avanzamos con el impulso que te da el cuerpo desgastado, el óxido de algunas insignias, un papel con órdenes concretas, impersonales, teñidas con tinta de despacho; como sucios caracoles destripándose sin saber cual es ese destino, una senda clarificada sobre mapas, mientras las calles pasan anónimas, igualmente perdidas en todo este informe naufragio que se abre contra nosotros obligándonos, haciéndonos reconocer esta lamentable pertenencia, sujeción, complicidad de todos contra todos, apañada con la sombra cada vez más necesaria de las arengas, las ráfagas lejanas, el sabor de la sangre en la garganta

nuestro casco es como una amplia bacía dada vuelta sobre las orejas, nuestro fusil es largo, pesado, incómodo y nuestro uniforme oscuro: verde con motas de un sucio tono marrón; y, sin embargo, todo ésto que pudiera pensarse alberga una enorme importancia, un extraño carisma de grupo, no hace sino hundirte más y más en una desesperante soledad, en un profundo asco hacia todo: ellos tienen un casco profundo, un fusil corto y manejable y un uniforme de color kaki: todos enfundados en un féretro personal, atrapados entre los escombros como sabandijas, una vez olvidadas las palabras mágicas: huída, regreso, paz; sacudido el lastre que inmoviliza las piernas, porque todo éso no existe y ya basta, hay que correr al encuentro con esa bala, o la metralla caliente de una bomba, o el corte frío de una bayoneta; de todo lo que no puedes evitar porque está escondido detrás de una tapia en ruinas esperándote

las losas de la calle son como un gris espejo bajo una fina cortina de lluvia, brillan las piedras, los cascos inservibles, el negro charol de las pistoleras, brilla el miedo, la sangre, las caras amarillas que yacen en el suelo y, de pronto, ... pasa junto a ti una espesa humareda, un profundo olor a carne consumida y te encuentras abrazado a una esquina, el fusil ha caído al suelo, las uñas se han hincado en la piedra, los ojos cerrados, aplastados contra el muro, mi sargento, porque no tengo valor suficiente para abrirlos, porque sólo el castaño autómata de mis dientes parece repetir: estoy vivo, sigo estando vivo; mi sargento, entre toda esta infinita escombrera donde arde el aire, donde un inútil reloj, milagrosamente prendido a una pared, suda estos pobres minutos sin sentido. Tal vez exista un oasis artificial (¡tan lejos!), entre cucharillas sucias de café y azúcar, entre vaso de wiski, fichas azules y rojas yendo de aquí para allá, enmarcando tumbas, escombreras, ceniceros pestilentos, mi sargento, o tal vez no exista ya ni siquiera ese oasis y sea yo el último hombre sobre la tierra.

HA MUERTO Jean Paul SARTRE

Si JP Sartre ha muerto no es el luto, ni el silencio; es el recuerdo que ahora va llenando los vacíos ávidos de su existencia, es la consumación obligada, la conclusión que avala la lucha de la vida.

Sartre nació en 1905 en París, profesor de filosofía hasta 1945, en que funda la revista "Les Temps Modernes" y se dedica a tareas políticas y a escribir su obra filosófica en dos sentidos: filosófica y ensayista (El Ser y la Nada, Crítica de la razón dialéctica, Situations...), y teatral y literaria (Los caminos de la libertad, Las moscas, Nekrasov, Las manos sucias, Kean, La náusea...). Escribe su obra más representativa La náusea— en 1938 donde expone en una trama ficticia de existencia monótona, opaca; la lucha dialéctica del individuo contra sí mismo, el silencio recorriendo las calles con pausas lentas, la dimensión real de la propia libertad individual, la conciencia, una pasión inútil; ese "Nada, he existido", casi la anticipación de un epitafio —16, abril, 1980—.

En 1964 le conceden el premio Nobel. Sartre lo rechaza, no quiere acrisolarse en el rigor de una mención, no consagra su lucha a un premio y prefiere seguir firmando los escritos de lucha ("el existencialismo es la conciencia del marxismo, las ideas no deben anquilosarse"). Ese era Sartre emancipador, ateo lógico, la búsqueda del "yo" perdido en la colectividad, uno de los "raros hombres verdaderamente libres", el guño casi-ciego, casi-monolítico; conclusión del siglo XX.

ALEJO CARPENTIER

Entre la magia y el silencio

De Carpentier se ha dicho que ha hecho real la introducción de la cultura latinoamericana en el mundo. Nace en la Habana en 1904, es encarcelado por motivos políticos en 1928, años más tarde marcha a París donde dirigió la revista "imán", en 1945 marcha a Caracas hasta el triunfo de la revolución cubana que le hace volver a su país, murió en París donde era encargado de una representación diplomática cubana. En 1978 le conceden el premio Miguel de Cervantes.

Sus obras nacen de la magia barroca de su tierra, del exotismo unas veces onírico, otras crudo y sudoroso de Cuba, de la metáfora arco-iris donde transitan hombres, hembras, olores y tactos secretos, situaciones de tiempo y espacio evadidas del recuerdo y la historia.

Entre sus obras destacan: El siglo de las luces, cuentos completos, El acoso, Ecue-Yamba- o, Concierto barroco, Los pasos perdidos, La consagración de la primavera...